

CUENTO N° 195

TÍTULO: TEMBLOR DE MUÑECA

SEUDÓNIMO: CHINCOL

TEMBLOR DE MUÑECA

CHINCOL

Unas manos gruesas y velludas, con anillo de rubí engastado en oro, arrancaron la blusa de la joven con tal brusquedad que el último botón saltó como lanzado con honda a un blanco fortuito.

-¿Cómo te llamas?

-Natalia.

-¿Natalia? –dijo el hombre visiblemente sorprendido-. ¡Bueno pues, ayuda un poco, Natalia! ¡Manerita de andar arropada! ¿Siempre te pones calzones debajo de las panties?

-Es que hace tanto frío.

-No es mi problema –dijo el hombre.

Son las once diez –observó la muchacha señalando el reloj en el muro empapelado con ornamentos de una textura afelpada. El tiempo empezaba marcar desde que subían al auto de los clientes, les enseñaba el Piter.

-Vaya, vaya, la mocosita aprendió a ver la hora. Será que es un poco tarde y tu mamita te espera en la casa. A mí nadie me pone tiempo y tarifa, menos con toda esa ropa encima –le dijo, y empujó el cuerpo desnudo de la niña sobre la colcha de raso de un rojo agresivo que cubría el catre. La estampa de la virgen de Guadalupe, en el muro que oficiaba de cabecera, parecía contemplar la escena como un árbitro en lo alto de su atalaya observando un partido de singles.

El hombre se quitó la chaqueta dejando al descubierto la sobaquera. La procedencia del cliente también quedó a la vista al extraer la Glock 22. Ya era tiempo de que aprendiera a reconocerlos, pensó Natalia, crispada consigo misma. Atender a esa cáfila de matones –les decía el Piter- tiene un costo incierto y dura la vida entera. Les repetía hasta el cansancio en la reunión semanal con el equipo de la “sub-quince”. Y no lo decía por decir: había vivido la amarga e injusta

experiencia de pasar un tiempo en la cárcel, un tipo honesto y trabajador como él... no se lo daba a nadie. El Piter era un buen jefe, descontando que tenían que compartir los honorarios, las cuidaba.

Con ella era especialmente delicado y se ocupaba de que nunca faltara a los controles en el Policlínico, cosa que su mamá jamás había hecho, ni siquiera para ponerle las vacunas.

El policía depositó el arma sobre la mesa junto al porta documentos de ejecutivo del cual extrajo un frasco con licor. Natalia permanecía tirada en la cama observando los movimientos de su cliente y, antes de que cerrara el maletín, alcanzó a ver la placa de metal engarzada en cuero rojo.

-No te muevas- le ordenó el hombre, y fue a buscar el vaso de cristal azul que había en la repisa; empinó la botellita y vertió otro tanto en el vaso que depositó en el vientre de la muchacha. Natalia se estremeció al sentir el vidrio helado en contacto con su piel -¿has aprendido algo nuevo?

-Debe estar confundido, señor. No recuerdo haberlo atendido antes...

-¡La que está confundida eres tú! –dijo y bebió un trago- Si no es por este pechito seguirías ofreciendo vino y quesillo en esa facha ridícula.

-Perdón!... ¡No lo había reconocido!

¡Cómo había cambiado! No era sólo el bigote que lucía ahora, pensó Natalia, al recordar aquel momento en el supermercado “Su Casa”. Ese día, después comer la galleta untada con una incierta mezcla de queso fundido, y de beber el vino que le había ofrecido como promotora, Daniel San Martín depositó el vaso en la bandeja junto con un mensaje urgente en la servilleta de papel. Terminada la extensa jornada de pie, la joven se arrepintió de caminar hasta el paradero y decidió atender la urgencia que le quemaba la mano. Optó por la novedad y por retener el calorcito que le había provocado la presencia del apremiado caballero. La pasaría a buscar, le dijo con una voz delicada que contrastaba con el bigotudo arrogante que en este momento se desvestía frente a ella, profiriendo órdenes con

ritmo y tono de cuartel.

-Soy de la población detrasito del aeropuerto –había empezado a explicarle Natalia, por teléfono, no fuera a creer que era de ese barrio pituco, pero la comunicación se cortó.

Veinte minutos más tarde Natalia estaba sentada en un Ford Tauro, con dos antenas y vidrios oscuros, junto al teniente Daniel San Martín camino a un restorán. Nunca había pisado uno. Tampoco había comido en platos de cremopal, ni había bebido tragos de colores. Y nunca había llegado a casa con un billete de diez mil. Todos los nuncas de los catorce años se desplomaron en los brazos del caballero, que la despojó de su uniforme de promotora para iniciarla en su nuevo oficio.

Daniel se zampó el vaso y lo llenó nuevamente.

-¿Quieres un trago, muñeca?

Ante la negativa de Natalia volvió a instalar el vaso en el cuerpo desnudo de la joven. Arrojó la ropa de la muchachita a las baldosas del piso y dejó sus pantalones cuidadosamente doblados sobre el sillón tapizado en un lino con rosetones de colores inciertos.

Acomodó la chaqueta en el respaldo y hurgó en los bolsillos interiores hasta encontrar el diminuto sobre plástico que buscaba. Se detuvo antes de sacarse los calzoncillos y se acercó a la cama donde yacía Natalia con su cuerpo temblando de frío.

Un frío que se había dejado su piel como una gallina recién desplumada.

Se sentó en la orilla de la cama como quien se dispone a leer el cuento de buenas noches y luchando con su propia lengua que dificultaba el paso de las palabras dijo:

-Verás muñeca, tengo algo mejor para ti. No te muevas. Jala- y acercó la pajuela introducida en el sobre con la droga a la nariz de la joven. –Más profundo. ¡Así muñeca!

Bien, ahora tendrás que lucirte conmigo.

Natalia sintió algo de alivio con un calorcito pasajero. pero lejos de disminuir el leve temblor que la embargaba, éste se desplazó hasta sus mandíbulas haciéndole castañear los dientes.

¡Virgencita, ahora no! ¡Plis! –suplicó con la mirada dirigida a la estampa de la Guadalupe colgada en el muro.

Volvió la vista y observó al cliente servirse el licor desde la misma botella que había ido a buscar tambaleándose pesadamente. El cuerpo de Natalia comenzó a sacudirse y el vaso cayó al suelo haciéndose añicos.

El policía se dio vuelta como un autómatas, con el arma apuntando a un cuerpo sacudido por convulsiones y a un rostro de mirada desorbitada, humedecido por un líquido efervescente y blanquecino que escurría de una de sus comisuras. Quedó paralizado unos segundos y luego comenzó a vestirse con unas manos torpes, como si se hubiesen contagiado con ese cuerpo que a él le tocaba estremecer y llenar al partirlo con el suyo. Con dificultad logró abrochar un botón de la camisa. Al calzar sus mocasines, reparó en las plantas de sus pies, húmedas y sembradas con diminutas astillas de cristal.

La sangre y el licor se mezclaron en el piso oscureciendo el tono rojo del baldosín. Echó una última mirada a la joven que continuaba en el macabro ejercicio de contorsiones y abandonó la habitación.

El intenso dolor que le produjo caminar por el corredor no le impidió llegar hasta el barandal y bajar los escalones de a dos en dos. El detective alcanzó la portería del hotelucho con un billete en la mano y lo entregó a la dueña.

-Le pago mi tiempo, señora. La joven espera otro cliente –dijo con dificultad y un gesto de despedida.

El cuerpo de Natalia comenzó a serenarse y, poco a poco la invadió una calma profunda. Escuchó el portazo de la mampara; luego unos pasos confundidos con

la lluvia rebotando en el cemento. La muchacha se cubrió con el cobertor de raso y, tendiéndose de costado, le brindó una sonrisa a la patrona de México.

////////////////////